



**LA PERVERSIÓN DEL RELATIVISMO POSTMODERNO: RESPUESTA A
LUIS FERNÁNDEZ RÍOS**

*THE PERVERSION OF POSTMODERN RELATIVISM: REPLY TO LUIS
FERNANDEZ RIOS*

Roberto COLOM¹

Antonio ANDRES-PUEYO²

Universidad Complutense de Madrid¹

Universidad de Barcelona²

Data de recepción: 10/03/2010

Data de aceptación: 13/07/2010

RESUMEN

En 2007 el Profesor Luis Fernández Ríos publicó un artículo sobre la, en su opinión, perversión de la psicología de la inteligencia. Esta respuesta denuncia el carácter destructivo para la Psicología de su discurso postmoderno y apuesta, decididamente, por la capacidad de la ciencia para comprender objetivamente el comportamiento, incluyendo la naturaleza de la inteligencia humana.

PALABRAS CLAVE. Postmodernismo, Ciencia, Naturaleza, Inteligencia

ABSTRACT

In 2007 Professor Luis Fernández Ríos published an article regarding, in his opinion, the perverted nature of the psychology of hu-

man intelligence. This response acknowledges the destructive character of his postmodern arguments for Psychology. Quite to the contrary, here we subscribe the ability of modern science for increasing our understanding of behaviour, including the nature of human intelligence.

KEYWORDS. Postmodernism, Science, Nature, Intelligence

En 2007, Luis Fernández Ríos, Profesor de la Universidad de Santiago de Compostela, publicó en la '*Revista Galego-Portuguesa de Psicoloxía e Educación*' el artículo titulado '**La perversión de la psicología de la inteligencia: Respuesta a Colom**' (*Vol. 14, 1, Año 11º-2007 ISSN: 1138-1663*) en el que se pretendía debatir científicamente sobre algunos trabajos que los autores hemos publicado con relación a la investigación actual en la

Correspondencia:
andresbueyo@ub.edu

Psicología de la inteligencia (Andrés-Pueyo & Colom, 1998; Colom, 2000, 2002; Colom & Andrés-Pueyo, 1999). Al conocer los contenidos de este artículo, hemos considerado necesario publicar una respuesta formal dirigida especialmente a los lectores de la *‘Revista Galego-Portuguesa de Psicoloxía e Educación’*.

En el artículo que comentaremos el Dr. Fernández Ríos dice perseguir un “debate académico constructivo” evitando lo que el propio autor considera como un “ataque al ego” (presuntamente de los autores criticados). Según sus propias consideraciones, nosotros defendemos, sin tapujos, las tesis del libro de Herrnstein y Murray de 1994, para aplicarlas, posteriormente, a la justificación de las diferencias biológicas de CI entre las comunidades autónomas del Reino de España.

En esta respuesta queremos argumentar sobre (a) la inadecuación de esa crítica, (b) la desproporcionada “saña” con que se descalifican nuestros argumentos y evidencias empíricas, (c) las creencias e ideología que se nos atribuye erróneamente, y (d) la nula aportación al conocimiento sobre el problema planteado que resulta de la lectura de sus argumentos.

Como es habitual en la clase de discurso que constituye el artículo de Fernández Ríos, no se facilita ni una sola evidencia empírica al lector y las referencias son de lo más variado y heterogéneo, cuando no inadecuadas. Se da por hecho que las opiniones y declaraciones vertidas en su artículo son correctas, mientras que las de los autores que escribimos los trabajos que cita y critica, no solamente están equivocados, sino que, además, albergan las peores intenciones amparándose en una presunta agenda oculta. He aquí algunas de las frases originales de Fernández Ríos (2007):

- *“Hay perspectivas psicológicas que son socialmente patológicas”*

- *“Colom y Andrés-Pueyo defienden una perspectiva empírica e ideológicamente viciada. Sus conclusiones no son empíricamente honestas”*

- *“La egolatría académica acrítica es personalmente narcisista”*

- *“La realidad socio-material es multicultural, compleja, dinámica y relativa”*

- *“Después de cien años de investigación acerca de la investigación de la inteligencia todavía no tenemos idea acerca de si realmente miden algo”*

- *“No está nada claro qué es la inteligencia para la psicología”*

- *“Hay aspectos o rasgos no cognitivos que tienen que ser incluidos en la evaluación, descripción y evaluación de la inteligencia”*

- *“Son las condiciones socioeconómicas las que delimitan la trayectoria de clase”*

- *“Existe una asociación significativa entre la clase de origen y de destino”*

El lenguaje de Fernández Ríos es crítico y tendencioso. Sus trasnochadas declaraciones no se apoyan en ningún dato concreto. Según manifiesta el autor *“las investigaciones cuantitativas de la inteligencia vienen a construirse en una cientifización aparente del discurso socialmente injustificable”*. El artículo de Fernández Ríos está plagado de errores ortográficos, sintácticos y gramaticales, y, también, se pueden detectar repeticiones de palabras sin sentido y frases mal acabadas. Sorprende, asimismo, la presencia de errores graves, como traducir “CI” por coeficiente intelectual, en vez de por Cociente de Inteligencia. Conviene indicar que cita inadecuadamente al poner entre paréntesis el nombre del autor que sostiene una determinada

visión de las cosas, en vez del artículo que presenta esa argumentación o dato.

En cualquier caso, el autor confiesa que “*el verdadero núcleo*” de su artículo es dilucidar si los gallegos tienen una menor capacidad intelectual que el resto de los habitantes de la península. Nos atribuye, gratuitamente, la conclusión de que el retraso socioeconómico de Galicia se debe al bajo nivel intelectual promedio de los gallegos. Para Fernández Ríos esta conclusión debería ser formulada a la inversa. Dice que es indiscutible que la pobreza socio-material produce la falta de capital social y los sentimientos de dependencia psicológica, lo que, a su vez, reduce la capacidad intelectual (se supone que de los gallegos). Y añade que en el caso concreto de Galicia, las causas del retraso económico de la región “*no se hallan en los genes*”. En un derroche de objetividad científica declara: “*como gallego y como psicólogo rechazo la utilización manipulada de los datos de la sesgada interpretación de la investigación de la inteligencia (...) Es una vileza moral y una crueldad psicológica buscar en la neurobiología y en la genética las causas de la estructura social. Viene a ser un ejemplo de malicia en la investigación. Es, en definitiva, la perversión de la psicología de la inteligencia*”.

Para que conste el carácter tendencioso del escrito de Fernández Ríos veamos qué dice, literalmente, el texto que él cita (en Colom, 2002) y que es el eje central de sus críticas: “*Preguntas obvias a partir de los datos presentados son: ¿Es la inteligencia la causa del mayor desarrollo económico? ¿Es la estatura resultado de la influencia del desarrollo económico? ¿Son las diferencias de inteligencia y de estatura resultado de las diferencias regionales en el desarrollo económico? No lo sabemos. Serían necesarios más datos para poder responder. Una vez más, las evidencias señaladas parecen urgirnos a diseñar estudios que puedan despejar los interrogantes*” (Colom, 2002, p. 233). Por tanto, ¿dónde están las conclusiones radicales que nos atribuye?

Esta manipulación de lo que nosotros realmente presentamos, argumentamos y concluimos, no se limita a este problema sino que es sistemática en el artículo de Fernández Ríos que venimos comentando. Queremos subrayar que, en contra de lo que piensa el profesor de la Universidad de Santiago, ningún científico debe ser descalificado por otro recurriendo a sus presuntas creencias ideológicas. Si hay errores en ciencia, y, naturalmente, pueden existir, el modo de corregirlos es más y mejor investigación, no argumentos verbales grandilocuentes pero vacíos.

También queremos destacar que (a) el autor confunde la aceptada idea de que la ciencia es acumulativa, con el hecho de que el conocimiento que genera no es “definitivo” ni “inmodificable”, (b) ignora que los cambios en la ciencia provienen de no de los argumentos ideológicos de carácter político, religioso o filosófico, (c) el autor se pelea con un “fantasma” que no existe: el problema del determinismo genético como amenaza de la sociedad y de la libertad individual, y (d) en todas las aparentes críticas se indiscriminadamente, autores y citas sin ningún hilo conductor.

Estamos, por tanto, ante un discurso típicamente en el que todo es relativo en el que la ciencia es una cuestión de convención social.

EL RELATIVISMO

En 1996, la revista *Social Text*, una de las más prestigiosas publicaciones del denominado relativismo posmoderno, publicó un artículo titulado “*Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica*”. Básicamente, el artículo proclamaba que la gravedad cuántica tiene profundas implicaciones políticas. El autor, Alan Sokal, desveló, poco después, que su artículo era una parodia había tratado de denunciar, con bastante éxito, el relativismo posmoderno para el que la objetividad es una pura convención social (Sokal, 1999).

Muchos investigadores del ámbito de las humanidades y de las ciencias sociales escribieron a Sokal para agradecerle su iniciativa y expresar su rechazo masivo de las tendencias posmodernas y relativistas que invadían sus respectivas disciplinas.

El constituye una corriente caracterizada por (Sokal y Bricmont, 1999, p. 18): (1) el rechazo a la tradición racional de la Ilustración, (2) las elaboraciones teóricas desconectadas de cualquier prueba empírica, y (3) un relativismo cognitivo y cultural que considera que la ciencia es una simple narración, un mito, o una construcción social.

Además, el posmodernismo está impregnado de: (1) discursos opacos, (2) un relativismo epistémico unido a un escepticismo generalizado sobre la ciencia moderna, (3) un interés por las creencias subjetivas, independientemente de su veracidad o falsedad, (4) un énfasis en el discurso y el lenguaje, en oposición a los hechos a los que se refieren, y (5) el rechazo de la existencia misma de unos hechos a los que es posible referirse.

Hace casi 40 años, Stanislaw Andreski escribió: *“el pensamiento claro y lógico comporta un incremento de los conocimientos, y, tarde o temprano, el avance del saber acaba minando el orden tradicional. La confusión de ideas, en cambio, no lleva a ninguna parte y se puede mantener indefinidamente sin causar el menor impacto en el mundo”* (1972, p. 90). 18 años después de la declaración de Andreski, Larry Laudan tuvo que escribir lo siguiente: *“la sustitución de la idea de que lo que cuentan son los datos y los hechos, por la de que todo se reduce a intereses y puntos de vista subjetivos, es la manifestación más visible y más perniciosa de antiintelectualismo en nuestra época”* (1990, p. x).

Los científicos esperamos que si las controversias se acaban resolviendo, será gracias a las observaciones y no debido a las cuali-

dades literarias de los artículos científicos. Lo que a alguien le parece un simple juego de poder, en realidad puede estar motivado por consideraciones perfectamente racionales, pero que sólo se pueden entender como tales mediante una comprensión detallada de las teorías y los experimentos científicos. Quizá esos ‘alguien’ debieran abstenerse de analizar las controversias científicas en las que carezcan de competencia para valorar con independencia los hechos.

Las críticas posmodernas a los científicos suelen seguir dos fases (Sokal y Bricmont, 1999). Primero se muestra, a veces mediante argumentos científicos convencionales, por qué la investigación, el estudio, o el análisis criticado, es defectuoso según los cánones científicos al uso. Seguidamente se intenta determinar cómo los prejuicios sociales de los investigadores —y aquí suele añadirse que los investigadores ni siquiera son conscientes de sus prejuicios, y que, por tanto, deben ser iluminados por los pensadores posmodernos— llevaron a la violación de esos cánones.

Sin embargo, es un hecho que las cualidades personales de los científicos y sus creencias extracientíficas son absolutamente irrelevantes para la evaluación de sus teorías (Colom, 2000). Así, por ejemplo, los estudios sobre mística y alquimia realizados por Newton pueden ser relevantes para la historia del pensamiento humano, pero son absolutamente irrelevantes para la física.

Sokal y Bricmont (1999) sostienen, que son las ciencias sociales las que sufren especialmente cuando los sinsentidos y los juegos de palabras sustituyen el análisis crítico y riguroso. Ninguna disciplina puede progresar sobre una base conceptualmente confusa y alejada de las evidencias empíricas. Los discursos opacos del posmodernismo y la falta de honradez intelectual que generan, envenenan la vida intelectual y acrecientan el anti-intelectualismo fácil.

Más allá de la ciencia, el relativismo también hace mella en la cultura y en la forma de pensar colectiva. Cuando se declara, como hace el posmodernismo, que una teoría nunca es falsa simplemente porque la contradigan los hechos, sino que son los hechos los que cambian al modificarse las teorías, se contribuye a aniquilar el espíritu crítico.

Donde más daño hacen, quizá, las ideas posmodernas, es en los llamados países en vías de desarrollo. Para demostrarlo, Sokal y Bricmont (1999) recurren a una anécdota que consideramos merece la pena traer a colación:

“Meera Nanda, una bioquímica hindú, que había militado en los movimientos de ‘ciencia para el pueblo’ (Science for the People) en la India, relata la siguiente historia a propósito de las supersticiones tradicionales védicas que rigen la construcción de los edificios sagrados y que están destinadas a potenciar la ‘energía positiva’. A un político hindú le advirtieron ‘que sus dificultades desaparecerían si entraba en su oficina por una puerta orientada hacia oriente. Sin embargo, aquel acceso estaba bloqueado por un barrio de chabolas y era imposible atravesarlo en automóvil. De ahí que ordenara la demolición del barrio’.

Nanda señala lo siguiente: ‘si la izquierda hindú se hubiese mantenido tan activa en los movimientos de ciencia para el pueblo como lo había sido en el pasado, hubiera emprendido el combate no sólo contra la demolición de las viviendas, sino también contra la superstición que se había utilizado para justificarla. Una izquierda que no se hubiese preocupado tanto de garantizar el respeto por el conocimiento no occidental, nunca habría dejado esconderse a quienes ostentan el poder detrás de los expertos indígenas.

Sigue contando Nanda. Conté esta historia a mis amigos partidarios del socioconstructivismo en Estados Unidos. Me contestaron

[literalmente] que meter en un mismo costal dos descripciones tan diferentes del espacio, estando las dos, como están, vinculadas a distintas culturas, es una acción progresista en sí misma, pues entonces ninguna de ellas puede aspirar a la verdad absoluta y, de este modo, la tradición acabará perdiendo el control que ahora posee sobre la mentalidad de la gente’ (p. 111-112).

En 1993, Noam Chomsky escribía las siguientes palabras:

“Hace tiempo, los intelectuales de izquierda participaban activamente en la vida cultural de la clase obrera. Algunos intentaban compensar el carácter clasista de las instituciones culturales mediante programas educativos dirigidos a los trabajadores o escribiendo obras de divulgación sobre matemáticas, ciencias y otras materias. Llama la atención que, en la actualidad, algunos de sus herederos de izquierda intenten, a menudo, privar a los trabajadores de estos instrumentos de emancipación, informándonos de que el proyecto de la Ilustración está muerto, que debemos abandonar las ilusiones de la ciencia y de la racionalidad –un mensaje que llenará de gozo el corazón de los poderosos, que ansían monopolizar estos instrumentos para su propio uso” (p. 286).

Coincidimos con las propuestas de Sokal y Bricmont (1999) de entre las que entresacamos las siguientes: (1) es imprescindible considerar que no todo discurso opaco es necesariamente profundo, (2) hay que tener claro que la ciencia no es un ‘texto’ o una narración; si no se tienen en cuenta los aspectos empíricos, el discurso científico se convierte en un mito, en una narración más, (3) es preciso medir la validez de una proposición en función de los hechos que la apoyan, (4) no se debería confundir el escepticismo específico con el escepticismo radical. Si se quiere contribuir a la ciencia, es preciso abandonar las

dudas radicales sobre la viabilidad de la lógica o la posibilidad de conocer el mundo mediante la observación o el experimento. Siempre se puede dudar de una determinada teoría, pero los argumentos escépticos generales que se proponen para apoyar esas dudas son irrelevantes por su generalidad.

También suscribimos la afirmación de estos autores de que “*la actitud científica, entendida como el respeto a la claridad y la coherencia lógica de las teorías y la confrontación de las mismas con los datos empíricos, resulta tan pertinente en las ciencias naturales como en las sociales*” (p. 211).

CONCLUSIÓN

Cuenta Arthur Jensen que, en el año 1972, el famoso genetista Theodosius Dobzhansky, profesor de la Universidad de California, le invitó a comer como excusa para comentar un manuscrito preparado por el propio Jensen. Ese mismo día apareció un anuncio en el periódico del campus: uno de los líderes de la tesis creacionista, contrario a la presencia de la teoría de la evolución de Darwin en los libros de texto de los escolares, iba a impartir una conferencia. También decía el anuncio que, ese líder, había retado públicamente a Dobzhansky, quien, en aquel entonces, era el mayor experto mundial en genética y evolución. Pero Dobzhansky había declinado su participación. Jensen le preguntó por qué, y la siguiente fue su respuesta:

“Hace tiempo llegué a la conclusión de que es una pérdida de tiempo intentar discutir con alguien con el que no comparto al menos el 90% de los conocimientos, aunque reconozco que podría ser divertido para una audiencia poco informada”.

Existen evidencias empíricas y hechos que cuentan (Andrés-Pueyo, 1997; Andrés-Pueyo & Colom, 1998; Colom, 2006; Colom & Andrés-Pueyo, 1999). Hay un mundo real

sus propiedades no son simples construcciones sociales. La abdicación de la razón allana el camino a las formas extremas de irracionalismo. Ante esa abdicación, sugerimos, con Sokal y Bricmont (1999) el apoyo a una cultura intelectual racionalista.

Pensamos que el artículo de Fernández Ríos es un paradigmático ejemplo de los destructivos discursos todavía vigentes. Lamentamos que, en la Universidad del siglo XXI, todavía existan esta clase discursos que son un ejemplo del derroche gratuito de los recursos públicos y que no ayudan a la formación de los estudiantes al impedir el aprendizaje del lenguaje más poderoso con el que contamos en la actualidad para generar conocimiento y comprender la naturaleza, incluyendo la naturaleza humana, es decir, el lenguaje de la ciencia.

El estudio científico de la inteligencia humana ha revelado, y sigue descubriendo, evidencias empíricas de extraordinario calado social. Un factor psicológico esencial e ineludible para comprender la conducta humana. Tanto a nivel básico, como en el campo aplicado, los psicólogos no pueden ignorar el fenómeno natural de las diferencias de capacidad intelectual que individuo. Como demostramos en los trabajos que Fernández Ríos expone erróneamente, la inteligencia es el factor psicológico más estable y el que predice un más elevado número de fenómenos de interés social, desde el aprovechamiento escolar hasta la longevidad, pasando por la eficiencia laboral y la comisión de delitos.

La decisión consciente de ignorar este factor psicológico constituye una grave irresponsabilidad. Artículos como el del Profesor Fernández Ríos hacen un flaco favor al avance del conocimiento científico y degradan, peligrosamente, la percepción social de los logros alcanzados hasta ahora, gracias al sistemático esfuerzo de los científicos. En contra de lo que opina Fernández Ríos, no hay “*perspectivas psicológicas socialmente patológicas*”, ni

“perspectivas empírica e ideológicamente vi-
ciadas”, ni “conclusiones empíricamente des-
honestas”. Lo que hay son teorías científicas
que (1) son replicables, (2) son parsimoniosas,
(3) contribuyen al desarrollo de medidas y
(4) estimulan la investigación. Los científicos
proponen teorías y recogen datos para con-
trastarlas empíricamente. Una teoría que no
se puede contrastar es inútil, es, simplemente,
una visión del mundo con aspecto de teoría.
Los psicólogos han propuesto una teoría sobre
la inteligencia y han usado procedimientos
formales para medir los fenómenos que la teoría
considera pertinentes respecto de la conducta
inteligente. Fernández Ríos confunde,
de un modo particularmente bisoño, su perso-
nal visión del mundo con una teoría científica.

REFERENCIAS

- Andrés-Pueyo, A. (1997). *Manual de Psicología Diferencial*. Barcelona, McGraw-Hill.
- Andrés-Pueyo, A. & Colom, R. (1998). *Ciencia y política de la inteligencia en la sociedad moderna*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Andreski, S. (1972). *Social sciences as sorcery*. London: André Deutsch.
- Colom, R. (2000). Algunos “mitos” de la psicología: entre la ciencia y la ideología. *Psicothema, 12, 1*, 1-14.
- Colom, R. (2002). *En los límites de la inteligencia*. Madrid, Pirámide.
- Colom, R. (2006). *Psicología de las diferencias individuales. Teoría y práctica*. Madrid, Pirámide.
- Colom, R. & Andrés-Pueyo, A. (1999). El estudio de la inteligencia humana: re-capitulación ante el cambio de milenio. *Psicothema, 11*, 453-476.
- Chomsky, N. (1993). *Year 501: The conquest continues*. Boston: South End Press.
- Herrnstein, R. y Murray, Ch. (1994). *The bell curve. Intelligence and class structure in American life*. New York: Free Press.
- Laudan, L. (1990). *Science and relativism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Nanda, M. (1997). The science wars in India. *Dissent, 44, 1*, 78-83.
- Sokal, A. (1996). Transgressing the boundaries: toward a transformative hermeneutics of quantum gravity. *Social Text, 46/47*, 217-252.
- Sokal, A. (1999). Los experimentos de un físico con los estudios culturales. *Revista Española de Física, 13, 3*, 8-10.
- Sokal, A. & Bricmont, J. (1999). *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós.